

Carta desde Alemania. Cervantes en tierra de tudescos

Ricardo Bada

Mi «Carta de Alemania» del mes de junio pasado (*CHA*, 660) concluía de la siguiente manera: «Don Quijote y el idioma alemán. Todo un tema. Pero también Cervantes y el idioma alemán, donde a cuatro años de la publicación de *Rinconete y Cortadillo*, y por el sencillo procedimiento de convertir Sevilla en Praga, le infirieron un plagio que merece una crónica aparte, él solo. Será la próxima vez». Pero no fue la próxima vez, por mor de otros temas y otras urgencias. Sea hoy, en este abril que es el mes cervantino por excelencia, y hasta por antonomasia.

Una buena manera de introducirnos en el asunto es decir que a Cervantes le salieron en la vida dos Avellanedas: uno en la propia España, otro en tierra de tedescos, y que de ninguno de los dos se sabe cosa alguna a ciencia cierta. El compatriota se atrevió a continuar con una segunda parte las hazañas de Don Quijote, y el alemán tuvo la desfachatez de traducir *Rinconete y Cortadillo* a su idioma, «hinchando el perro» hasta casi el doble de su tamaño, trasladando su acción de las orillas del Guadalquivir a las del Moldava, y sin perder el tiempo en pequeñeces tales como darle crédito al autor de la historia original. Si bien es verdad que al final de su (¿su?) libro, hablando de Zuckerbastel –el nombre con que rebautizó a Monipodio–, deja caer las siguientes palabras: «(dessen Legenda gleichwol auch anderwärts in forma authentica beschrieben)», paréntesis muy significativo dentro del cual admite que la leyenda de Zuckerbastel anda descrita ya en otras latitudes, y lo que es mejor: «in forma authentica».

Y puesto que hablamos de rebautizos, comencemos por el título del que más que plagio es robo a mano armada, aunque ese arma fuese un simple cálamo: *Historia von Isaac Winckelfelder und Jobst von der Schneidt*, resultando bueno y conveniente mirar bajo la lupa los nombres de los protagonistas. Winckelfelder es un polisílabo que incluye el substantivo Winckel, o sea: «rincón», mientras que Schneidt, en el

segundo nombre, significa «corte». Vale decir que el mero título configura ya una especie de solapado homenaje a *Rinconete y Cortadillo*.

[No como por ejemplo en un libro contemporáneo nuestro, que tengo ante mis ojos y en cuya portada campean un nombre y un título: «Rainer Werner Fassbinder, *Das brennende Dorf (El pueblo en llamas)*», siendo así que se trata, nada más y nada menos, de una versión todo lo *sui generis* que se quiera, pero tan sólo versión, de *Fuenteovejuna*, de un tal Loppc von Auc, más conocido por Lope de Vega. ¡Oh manes del ©!... Pero volvamos a Cervantes].

Leamos cómo arranca su *Rinconete y Cortadillo*: «En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcu-dia, como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años; el uno ni el otro no pasaban de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltrechos. Capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias, de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traídos como llevados, y los del otro, picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos».

Por su parte, y haciendo previamente la advertencia de que traduzco trasladando a nuestros días la topografía del lugar, por si el lector curioso quisiera buscarla en un plano actual de la capital checa, la *Historia von Isaac Winckelfelder und Jobst von der Schneidt* se inicia de este modo: «No lejos de la capital imperial Praga, a mitad de camino entre Chrustenice y la dicha ciudad de Praga, en el lugar donde comienza la subida a la colina arenosa, y del cual por el Nerudová Ulice se llega a la Malá Strana, encontráronse antaño en el verano, alrededor del día de Santa Margarita, cuando de todos modos la canícula es más fuerte, dos jóvenes vagabundos (de los que uno andaba aproximadamente entre los veintiuno y los veintidós años, y el otro, por las trazas, probablemente era algo más joven), ambos de robusta complexión y no del todo de un aspecto deshonesto, sólo que no andaban precisamente muy bien vestidos, a juzgar por su ropa, dispuesta más bien para el verano que para el invierno, pues ni el uno ni el otro llevaban capa. Los calzones del uno eran de fustán, y hechos unos siete, y los del otro, de la pura mugre no se podía distinguir si eran de paño, cuero o lienzo. Las medias de ambos eran de piel, la misma que sacaron del vientre materno cuando vinieron al mundo. Y aunque ni el uno ni el otro iban descalzos, sus zapatos se hallaban de tal guisa estro-

peados y en tales condiciones, que por los del uno se le podían contar nueve de los dedos que hubieran debido cubrir, mientras que en los del otro el agua podía entrar y salir a voluntad por entre las suelas».

Las 118 palabras de don Miguel se han multiplicado hasta las 214 del «original» (no de mi traducción) de maese Niclaus Ulenhart, que así se hizo llamar el autor de tamaño desafuero, y a tenor de este ejemplo creo que queda claro el procedimiento mencionado líneas atrás, que en lenguaje periodístico llaman «hinchar el perro», y yo, bastante más melómano que zoófilo, «transcripción para acordeón». Y para que mejor se apreciase, se me ocurre que una editorial española, subvencionada suculentamente por el ministerio de Cultura checo —como una tardía indemnización por daños y perjuicios a Cervantes—, debería publicar *Rinconete y Cortadillo* en programa doble con esta *Historia de Isaac Winckelfelder y Jobst von der Schneidt*, cual si fuesen unas *Vidas paralelas* a la manera de Plutarco.

Resulta curioso advertir que en el prólogo de su atropello, el tal Niclaus Ulenhart deja caer que una de sus intenciones, y no sólo eso, sino la más noble, es ésta: que aquellos de sus lectores que tuviesen el propósito de visitar el extranjero, y en especial quienes fueran enviados por sus padres a Francia, Italia, España, los Países Bajos o Inglaterra, y debiesen pasar algún tiempo en sus grandes ciudades, dispusieran pues, con su «Tractat» (de este modo lo caracteriza, como si fuera un Wittgenstein *avant la lettre*), de una especie de *vademecum* para defenderse de las cortes de los milagros, las óperas de los mendigos y los patios de Monipodio. Y ahí está el detalle, como diría el filósofo mexicano Mario Moreno: ese buen Niclaus Ulenhart no se priva de enlistar las ciudades a las que se refiere. Y que son, a saber: «París, Venecia, Nápoles, Madrid, Sevilla, Lisboa, Bruselas y Londres». ¿Se esconde otra referencia/reverencia crítica a *Rinconete y Cortadillo* en esa «Seviglia» de que nos habla?

Sea como fuere, en esta relación de las ciudades donde sería bueno haber leído las aventuras de los compadres Winckelfelder y Schneidt, para estar al loro de los riesgos y peligros que asechan en sus calles, también se cuenta Lisboa. Y hétete aquí que en 1682, pasados 65 años de la aparición del libro de (¿de?) Niclaus Ulenhart, hubo otro plagia-rio también oculto tras la máscara de un singular pseudónimo, La Zelande, que publicó una colectánea de historias de pícaros... y entre ellas la de Winckelfelder y Schneidt, sólo que jibarizada en una séptima parte y ubicada en Lisboa. Pero con más desvergüenza que Ulen-